

## XI Certamen Cartas de Amor Villa de Mijas (2006)

### Primer Premio: “¿Dónde estás Corazón?” de Josefa Algaba Lazada

Mi querido José:

Hoy se han cumplido sesenta y cinco años desde el día en que te fuiste de mi lado, sesenta y cinco años de soledad con la única compañía de tu recuerdo.

A menudo echo la vista atrás. Corrían malos tiempos. El paisaje que envolvía nuestras vidas era desolador. La sombra de la guerra mataba las juveniles ansias de luz y los ríos, más caudalosos entonces que ahora, se tiñeron de rojo con la sangre derramada de hombres y mujeres que no acertaban a encontrar el motivo de su tragedia.

Vino después el hambre, la miseria que se colaba como un helado viento por las heridas abiertas que se negaban a cicatrizar, la desgracia que se disfrazaba con mil caras, cada una más terrible que la anterior.

Cayo luego, con la furia del peor de los diluvios, la venganza: la revancha de un ejército victorioso que, aunque ganaron la batalla, perdieron la dignidad en el desquite.

Malos tiempos, José, malos tiempos. Pero, al calor de esa fragua de miedo y desolación, se forjó nuestro amor; el amor de unos corazones que sin haber olvidado la infancia, jugaban a hacerse mayores con las bendiciones de un cura en una boda sin banquete.

No sabíamos poner puertas al campo, tampoco queríamos. Y esa intensa entrega de pasión y ternura pronto llenó mi vientre. Escuché decir que parecía una niña traviesa que se divertía imitando a una embarazada con un cojín escondido bajo el vestido. Pero el juego llegó a su fin una noche en la que la luna, avisada por mis gemidos, asomó su blanca cara para contemplar el rostro de una niña preciosa que abría sus ojos almendrados, con el color de las verdes aceitunas, para descubrir el amor que encerraban las sonrisas de nuestros labios que, para entonces, ya se habían olvidado de los gestos de dolor e incertidumbre que los atenazaban minutos antes.

Quisiste que se llamara como la madre que te dio las manos con las que apenas pudiste acariciar su piel. Se escapaba la vida tan pronto en aquellos años... Pero ya tenías a tu Ramona, a esa muñeca para la que guardabas el último beso de cada mañana antes de salir, cuando el alba comenzaba a insinuarse, para dejar tu sudor en los campos de otros. Yo casi me ponía celosa, pero con ella en brazos contaba las horas, los minutos, los segundos que faltaban para que el cielo oscureciera y te devolviera, cansado, al hogar que, sin ti, se sentía vacío. Y con ella en brazos, tiritaba si el frío del invierno amenazaba con dejarte aterido o me sofocaba cuando el calor de un estío sin piedad golpeaba tu rostro en eternos días de siega.

El amor, que sembrábamos a manos llenas, nos ofreció un nuevo fruto que vino a destetar a la pequeña cuando apenas tenía veintidós meses. Ahora había que amamantar a un niño moreno, de ojazos morunos que, como los tuyos, quitaban el "sentío". Quisiste seguir las costumbres y llamarlo como tu padre: Santiago. Y como él, comenzaba a crecer sano, fuerte como un roble. ¡Qué felices éramos, José!

¡Qué poco dura la felicidad en la casa del pobre! ¡Maldita enfermedad! ¡Maldita fiebre! ¡Maldita la escasez de medicinas! En un abrir y cerrar de ojos me quedé sin ti, rota, destrozada... Con tu cuerpo enterré mi vida. Con sólo veintitrés años me vestí de negro luto por dentro y por fuera. Lloré con dolor, lloré con desesperación, lloré con indignación hacia un Dios al que preguntaba día y noche ¿por qué?... ¿por qué a nosotros?... ¿por qué tan pronto?... ¿por qué?...

Cómo te echaba de menos, cómo se me partía el alma cuando esos hijos que me diste se llevaban a la boca, una y otra vez, la temida pregunta que un nudo en la garganta nunca me permitió contestar: *¿Dónde está papá?*

Entonces supe que tenía que armarme de coraje para que, desde donde estuvieras, ni un solo instante pudieras arrepentirte de haberme elegido para ser la madre de tus hijos. Luché para que nunca les faltara un pedazo de pan, mis manos se curtieron con las más duras labores del campo... y hasta me jugué mi libertad y mi existencia en el perseguido negocio del estraperlo.

No faltaron proposiciones honestas de hombres honestos que podrían haberme hecho más llevadera la pesada carga, pero siempre me dije que mi vida había sido para un solo hombre... y ese hombre, entonces y ahora, has sido tú, José.

Mis mejillas están cinceladas por los calendarios, las cataratas ciegan mis ojos, me tiembla el pulso y apenas puedo escribir... Sé que estoy en los umbrales de una muerte que esta tardando demasiado en llegar, sin embargo, me invade la alegría: Pronto te podré encontrar... y tengo tantas cosas que contarte.

Algunos pensarán que desvarío, pero en esa felicidad serena de una espera que no ha de hacerse de rogar, me ha dado por cantar una canción, una única canción que alguien debió escribir al vivir una historia tan bella, pero tan triste, como la nuestra:

*"Yo lo quería con toda el alma, como se quiere sólo una vez,  
pero el destino cambió mi suerte, quiso dejarme sin su querer,  
una mañana de frío invierno, sin darse cuenta se echo a volar  
y desde entonces aún le espero, no me resigno a la soledad.*

*¿dónde estás, corazón... ?"*

Allá donde estés, espérame... Voy en tu busca.

Siempre tuya

*Mercedes*